



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

Wilibrordo Verkade

Este ilustre benedictino de Beuron es de los convertidos modernos más famosos. Es mundialmente conocida su obra *Por la inquietud, a Dios*, que ha sido traducida al español por la gentil pluma del P. Pérez de Urbel.

Verkade era un joven holandés, con vocación de pintor, que se relaciona en París con los representantes de la escuela simbolista (los nabis, como se denominaban entre sí) y con ellos lleva una vida de pintor bohemio.

En SIC queremos recoger los capítulos inmediatos a su conversión y la de su amigo el pintor danés Ballin. Por fuerza la narración ha de ser menos concentrada y más anecdótica, que las presentadas hasta ahora. Pero sería imperdonable arrancarle su nativa frescura y espontaneidad.

VUELVO A BRETAÑA

Cuando a la mañana siguiente el tren se acercaba a Vannes, pregunté a un joven sacerdote, que iba junto a mí en el vagón, si podría darme noticias acerca del pueblo que se hallaba al lado del ferrocarril entre las estaciones de Vannes y Elven. Me dijo que aquella localidad se llamaba Saint-Nolff, que era un ayuntamiento bastante extenso, pero que el poblado no tendría más que unas cuantas casas. No me dejé intimidar; tomé un coche y me fui a Saint-Nolff.

Era ya la hora del mediodía. Cuando el carruaje se

paró, vi una iglesia gótica, y cerca de ella, pero aislada, una capilla del mismo estilo, y un grupo como de unas diez casas. Esto era todo. El cochero se detuvo ante una posada. Dí orden de que aguardase, y entré en el departamento de los viajeros. En la sala estaban sentadas dos personas de edad, un viejecito menudo, de largos y blancos cabellos, y una mujer gruesa, de muchos años: era un verdadero cuadro de intimidad. Los dos estaban visiblemente admirados de ver a un extranjero y preguntaron qué es lo que quería. "Quiero", les dije, "habitar en su casa tres o cuatro meses". —"Pero, señor", respondieron, "si no podemos ofrecerle casi nada". Yo no me rendí. "Les doy 90 francos al mes, y cuenten que con poco me contento". —"Pero señor, si no tenemos siquiera un mal horno; cuando cocemos tenemos que hacerlo en el fogón. Habitación hay, pero las comidas... En realidad no sabemos cómo..." Así se excusaba el hostelero. Pedí un refresco; mientras lo tomaba, los viejos, consultaron entre sí; al fin dijo él: "Puesto que Ud. se contenta con lo que nosotros podamos darle, quédese en el nombre de Dios" Pagué al cochero y me hice conducir a la habitación. El viejo me acompañó por una escalera que parecía llevarnos a un pajar. Yo me esperaba cosas peores, y fué grande mi satisfacción, cuando entré en un cuarto, algo bajo ciertamente. "Muy bien", repliqué yo. —Como no había dormido casi nada la noche anterior, empecé por descansar unas horas; después di un paseo para explorar la nueva región.

El paisaje de los alrededores de Saint-Nolff tenía un sello genuinamente bretón, con los motivos todos que se encuentran en cualquier otra parte de Bretaña: extensos valles, por donde corren rápidos arroyuelos, hermosas praderas bien regadas, colinas ondulantes, con casas de labriegos sombreadas de árboles; huertos cercados, senderos hondos, cruces de piedras en las orillas; árboles caprichosamente podados, que como espectros se levantaban al cielo, y numerosas ermitas. Mis huéspedes, el compadre Conan y su mujer, me trataban como a un hijo.

Poco tiempo después de mi llegada dije a mis huéspedes, que no era católico ni estaba bautizado, pero que estimaba y amaba la religión; a lo cual contestó el compadre Conan: "Tal vez Dios le ha traído aquí para hacerle católico". Dijo esto con la mayor sencillez, sin pretender hacer un sermón, así que no tuve de qué sentirme lastimado. Por lo demás, también a mí me había venido el mismo pensamiento.

Después de una larga interrupción, sentía una gran alegría al entregarme de nuevo a la pintura. Siempre

ACCIÓN CATOLICA

me ha gustado el trabajo en el retiro de la soledad, después de la excitación, que trae la estancia en una ciudad populosa. Una enfermedad intempestiva hizo que tuviese que quedarme unos días aún en mi habitación y sin poder alejarme de casa. Pero estaba ya entonces tan adelantado en la vida espiritual, que tomé aquello como una penitencia.

Una paz de bienaventuranza me invadía. Ya no me sentía arrastrado de aquí para allá, como el año anterior en Huelgoat. Una tarde fui a visitar la iglesia, me arrojé unos instantes en un reclinatorio, y desde él contemplaba las vidrieras de colores que habia sobre el altar mayor, y solo, en aquel recinto, sentíame feliz pensando en Dios, en la belleza, en la pureza y caridad eternas. Desde entonces volví casi todas las tardes. Cuando tocaron a misa el primer domingo después de mi llegada a Saint-Nolf, tomé bajo el brazo les grands initiés de Eduardo Schuré, y me senté a la sombra de los árboles en una plazoleta, que habia en las afueras del pueblo. De esta manera celebré el domingo al aire libre. En este libro, como en Seraphita de Balzac, he hallado muchas cosas, que me han empujado hacia la religión.

El libro tiene también sus sombras. Hay en él muchos relatos de una credulidad infantil. Es desconcertante la confusión continua de lo temporal y de lo eterno. Una construcción histórica aventurada, y la manera violenta con que se explican muchos textos de la Escritura hacen sospechoso todo el contenido. Por eso llegó un tiempo en que la teosofía ya no pudo satisfacerme. Me pareció, que no era bastante sencilla para ser verdadera. Después de levantarme a las elevadas regiones, dejéme en ellas sin alimento. La teosofía no puede dar una felicidad duradera.

El segundo domingo me senté a la puerta de la posada, leyendo también el libro de Schuré. El pueblo entero estaba en la iglesia. Los cantos del coro llegaban sin cesar a mis oídos, mezclados con las notas del órgano y los sonidos de una corneta de pistón. Yo estaba embobado. ¡Era aquello tan sugestivo y encantador! Allí en la iglesia se celebraban los misterios divinos y los hombres cumplían con el más noble de sus deberes, el de rogar y bendecir a Dios. Allí reinaba la unidad de voluntades, y yo estaba solo, como un gorrión solitario sobre el techo (Salm. 101, 8). No, pues con el espíritu estaba en la iglesia. ¿Por qué no también con el cuerpo?

El tercer domingo tomé a ocultas un devocionario en el armario de la posada, y con una silla en la mano, me fui a la iglesia, sentándome con los hombres delante del comulgatorio. En las ceremonias hice como los demás,

me iba a avergonzar. ¿No era un recuerdo de la pasión sentaban los otros. Yo habia aprendido a hacer la señal de la cruz y no me averganzaba de hacerla. ¿Y por qué me iba a avergonzar. ¿No era un recuerdo de la pasión de Cristo? Durante el sermón, que no pude entender, porque era en lengua bretona, me puse a hojear el devocionario. En él encontré cuanto deseaba saber, especialmente una explicación clara de los ritos de la misa. El Kyrie, el Gloria, el Sanctus y el Agnus Dei fueron cantados por todo el pueblo en latín. El anciano párroco celebraba y cantaba con mucha dignidad. Yo rezaba a mi modo, y puedo decir que los asistentes no se fijaron en mí con curiosidad. Cuando salí de la iglesia, sentía una suavísima emoción, y desde aquel día asistí a misa todos los domingos y fiestas, y a vísperas iba con frecuencia. Pronto pude cantar con los demás, lo cual me llenó de alegría.

En Saint-Nolf habia dos sacerdotes: el párroco y el coadjutor. Ambos eran hombres cultos y sacerdotes intachables. Cada cual tenia su casa y menaje propios. Pronto entré en relaciones con ellos. Siempre que el coadjutor me veía de paseo, venía a mi encuentro sin falta. Era un hombre alto y fuerte, aunque más bien delgado que grueso. Dos ojos dulces y buenos iluminaban su rostro lleno y curtido. Había un no sé qué de silenciosa melancolía en su mirada. Estaba en una edad avanzada, y sin embargo seguía siendo coadjutor. Tartamudeaba un poco, y no sabia cantar bien. De aquí que otros más jóvenes le dejasen atrás, lo cual era muy triste para su alma sensible. Muchas veces me decía que estaba muy edificado de verme en la iglesia, que Dios tenía sin duda altas miras con respecto a mí, que rezaba por mí todos los días. . . . A veces me tomaba la mano silenciosamente, como si con su contacto sacerdotal quisiese desterrar de mí todas las malas influencias. Yo entonces me reía sin querer, y pensaba: "Ca, no me pescas." Pero al fin acabó por pescarme. El ardor de su fe, su modo de ser cordial y sin afectación, tuvieron sobre mí una acción bienhechora. El párroco era siempre conmigo afable y cortés, y rara vez tocaba las cuestiones religiosas. Casi no se le veía de paseo, mas si estando delante de la iglesia o a lo largo de la vía de la estación del ferrocarril, y conversando con los transeúntes, o bien con el breviario o el rosario en la mano.

Los habitantes de Saint-Nolf eran muy amables conmigo; tratábanme con entera confianza, tal vez por ser el primer pintor que se habia detenido en aquel pueblo. Bien pronto las paredes de un gran cuarto vacío de la posada se cubrieron con los retratos de niños y muchachas del lugar. Los domingos, antes de la misa mayor, venían de ordinario tres y cuatro jóvenes, se sentaban

ACCION CATOLICA

en un banco que allí había, y yo sacaba el perfil de alguna de ellas. Entre tanto los aldeanos entraban en la habitación, lo curiosoaban todo y se echaban a reír ruidosamente cuando reconocían las personas allí pintadas. "Esta es María Perrine, ésta María Ana, aquélla María Luisa". Tales eran sus reflexiones. Casi todas las muchachas de Saint-Nolff llevaban el nombre de María. Como recompensa, cada una de las modelos recibía una copia de su retrato. El original me lo guardaba yo. Así se fué pasando el tiempo, hasta que Ballin llegó por fin a Saint-Nolff.

En realidad mi amigo vino a quitarme un poco del concierto de mi vida. Estaba yo tan bien en mi soledad! Tan feliz me sentía en el camino de la fe católica! El primer domingo después de la venida de Ballin no fui a la Iglesia. Pero durante toda la semana que le siguió, no disimulé mi inclinación por el catolicismo, y el segundo domingo asistí, no sólo a misa sino también a visperas.

Un día Ballin vino con una noticia aterradora: dentro de dos semanas los jesuitas darían una misión en Saint-Nolff. Esto era ya demasiado. "¡Señor!" dije yo, "si vienen estos dragones del cielo, nosotros nos iremos de aquí, para no volver hasta que ellos se marchen". El día de la Ascensión apareció el primer jesuita para anunciar la misión al pueblo. Aquel día no fui a misa, porque el jesuita predicaba. Nos contentamos con oírle tronar desde fuera. "Horroroso!" dije yo. "¡Abominable!" coreó Ballin.

La misión se daría durante la semana de Pentecostés. Yo había oído hablar mucho de la peregrinación a Santa Ana de Auray. Habíanme dicho que en la vigilia de Pentecostés venían millares de peregrinos de todas partes de Bretaña. Sería pues una buena ocasión para estudiar los diferentes trajes regionales. Yo estaba aquellos días empeñado en un trabajo que no acertaba a terminar. "Acaso lo consiga allí," me dije "voyme a Santa Ana de Auray hasta el fin de la misión". Así lo hice. Me marché la víspera de Pentecostés. Ballin se quedó en Saint-Nolff.

Los cincuenta días que hay entre Pascua de Resurrección y Pentecostés me habían puesto muy cerca de la Iglesia católica. Ya conocía lo más fundamental de su doctrina; y como sucede en casi todas las conversaciones, lo que me detenía eran ciertas cuestiones accesorias, como, por ejemplo, la de la autenticidad del relato de la creación en el primer capítulo del Génesis, la del pecado original... y otras semejantes.

Cuando descubrí que el libro de Schuré, "Los grandes iniciados", se basa sobre hipótesis en muchos casos,

tomé la resolución de acudir yo mismo a las fuentes, y me puse a leer con mucho cuidado el Nuevo Testamento. Nunca dudé de que allí encontraría el cristianismo en toda su integridad, y me parecía evidente que los evangelistas amaban la verdad, y habían querido decir la. Eso se veía con claridad en sus palabras, sin necesidad de ser un gran psicólogo. Cuando yo comparaba lo que allí leía con la enseñanza del catecismo comprendí que existía entre ambos un acuerdo completo. Un instante me asusté al ver que la Iglesia católica entendía a la letra aquellas palabras de Cristo: "Mi carne es verdaderamente una comida, y mi sangre es verdaderamente una bebida" (San Juan 6, 56), así como aquellas otras: "Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre" (San Marcos 14, 22 24). Pero al fin pensé: "¿Por qué dar a estas palabras un sentido figurado, cuando la tradición más antigua las ha entendido a la letra? ¿Por qué va a ser imposible ese milagro, Jesucristo es Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero Hombre, como él mismo lo dijo en diferentes ocasiones, y como lo creyeron los apóstoles antes y después de su muerte?" Poco a poco todo el edificio doctrinal de la Iglesia fué pareciéndome lógico y razonable, y por tanto digno de ser creído, y sin embargo, aun no podía creer. ¿Es que no podía o no quería? Dentro de mí había una voz que me decía: "¿Cómo! ¿te vas a hacer católico? ¿Vas a dejar de ser dueño de ti mismo? ¿Y luego vivir castamente, y evitar hasta los pensamientos impuros?" Yo no consideraba ciertamente todo esto como una cosa imposible; pero, verse obligado a hacerlo, y muchas otras cosas más, y tener que confesar las faltas posibles... y sólo porque la Iglesia lo manda, eso me parecía demasiado. Tal vez se hayan preguntado alguno lectores: "Pero, ¿no has pensado nunca hacerte calvinista o menonita, como los demás de tu casa?" No, nunca jamás. Fuera de la Iglesia católica había encontrado muchas contradicciones para buscar allí mi salvación. Tal vez hayan contribuido a esto también la tibieza de espíritu que reinaba en mi familia y la frialdad del culto protestante. Y acabé por pedirme: "Si me hago cristiano, quiero serlo completamente, y esto para mí era lo mismo que ser católico".

Año y medio hacía que venían preocupándome estas cuestiones religiosas. Durante este tiempo había cambiado constantemente de opiniones, dejándome llevar, como ya he dicho por cualquier viento de doctrina. Hasta ahora no había encontrado abiertamente el camino verdadero: así que llegué a pensar: "¿Es posible llegar a la verdad con nuestras propias fuerzas, o debemos más bien aguardar a que la verdad eterna venga en nuestra ayuda para iniciarnos en la verdad?" Algo semejante había leído en alguna parte. Y así me lo creía, resolviéndome a no leer ningún libro en adelante, y empezando a desconfiar de toda lectura. Extremoso, como es siempre la juventud,

me crucé de brazos, aguardándolo todo de la revelación inmediata de Dios.

Llegué a Santa Ana de Auray después de mediodía. Era una aldea insignificante y sin encantos. Sólo tiene algún interés el lugar mismo de la peregrinación. En un espacio extenso, rodeado de árboles, se levanta al oeste una gran basílica, y al este un altar gigantesco con dos grandes escalinatas, una a cada lado. Allí se dice la misa cuando hay grandes aglomeraciones de peregrinos. Hacia el norte hay otro santuario, y hacia el sur una hilera de casas. No faltan en las inmediaciones de la iglesia las tiendas de objetos piadosos, con muy mal gusto fabricados.

Entré en una de las muchas posadas que allí había, saqué mis cachivaches de pintor, y puse manos a la obra. Erá un tiempo cálido y espléndido. Cuando por la ventana dejaba caer la vista en la calle iluminada del sol, veía siempre pasar pequeños grupos de peregrinos. Dibujé toda la tarde con verdadero placer. Después de una cena pobre, en que me sirvieron, aunque era día de vigilia, la pata izquierda de un gallo viejo y curtido (la derecha me la habían dado por el mediodía), me dirigí a la plaza donde se levantaba la Iglesia. En ella había ya una multitud de peregrinos, colocados en fila, con velas en las manos. Aquel gentío de mil cabezas se puso a poco en movimiento, y la procesión avanzaba cantando himnos, al redor de la plaza. Era maravilloso ver en el crepúsculo aquella procesión de luces, pasando solemnemente bajo el ramaje de los árboles. Junto a mí había un hombrecillo feo y abultado, uno de esos ejemplares, llenos de odio y blasfemadores de Dios, que se encuentran de una manera especial en los países latinos. De su boca salían toda clase de injurias y maldiciones: "¡Qué estupidez de procesión! ¿Habrás visto cosa más irracional? Esto es pura superstición. ¡Y dirán que hay aquí belleza! ¿Qué es lo que han venido a ver aquí? ¡Nada, absolutamente nada!" Así gruñía y gritaba; de seguro, contra sus propios sentimientos. "¡Imbécil!" pensé yo, y fui corriendo hacia una mujer que vendía velas, compré una, y me junté a la procesión con el objeto de desafiar á aquel blasfemo.

Después de haber dado la vuelta a la plaza, la concurrencia desfiló por detrás de la iglesia, y entró en el patio del seminario, donde el Obispo, que había venido para la fiesta, fué recibido entre cánticos y aclamaciones. De nuevo en la iglesia se dió la bendición del Santísimo Sa-

cramento, y para terminar, leyeron el programa del día siguiente: A las cuatro de la mañana empezaban las confesiones... A las nueve, misa pontifical.

El estado de mi alma era extraño. Me había puesto muy serio, y mi cara debía estar intensamente pálida. Con frecuencia me daban escalofríos. Tal vez presentía que me hallaba en una encrucijada, que no iba a tardar mucho en solucionarse la incógnita de mi porvenir, aunque entonces no barruntaba toda la trascendencia que puede tener un suceso, como la entrada en la Iglesia católica para la vida entera. Una angustia terrible me oprimía. "Dios mío!" rogaba constantemente, "¡hazme ver la verdad! ¡Muéstrame dónde puedo hallarla!... ¡Dios mío, ilumíname, arrástrame!" Al entrar en mi cuarto hube de confesarme de nuevo, que la Iglesia católica tiene todavía un maravilloso poder sobre los hombres.

Al día siguiente me levanté bastante tarde, pero todavía llegué a tiempo para asistir al pontifical del obispo de Vannes. En la Iglesia no había mucha gente. Un gran número de peregrinos se habían marchado, después de confesar y comulgar. Entonces vi por vez primera un pontifical, pero apenas si pude reconocer la misa. Estaba sumamente inquieto y rezaba con toda mi alma. Hasta a la bendita madre Santa Ana le pedía que obrase algún milagro, una señal cualquiera, para que no dudase de la verdad del catolicismo. Todos los libros eran inútiles para mí, no hacían más que extraviarme más y más. Cuando terminó la misa, abandoné la iglesia más tranquilo, como si mis oraciones hubieran sido escuchadas. Después seguí pintando y dibujando todo el día en mi pequeño trabajo. Cuando por la tarde entré en una pastelería, que estaba en frente de mi posada, para comprar algunas golosinas, me dijo la vendedora, que su hijo, enfermo de un mal incurable, se alegraba mucho de verme trabajar desde su lecho, que esto era para él una gran distracción, y que esperaba que me quedaría allí algún tiempo. Esta esperanza no llegó a realizarse. En la noche del lunes al martes me molestaron de tal manera los insectos, que me resolví a partir de allí. Pero ¿adónde? No tenía más remedio que volver a Saint-Nolff. "En resumidas cuentas, qué me importan los jesuitas? Ballin debe haber marchado ya; mi trabajo sigue adelante; y ya me falta poco; vayamos allá en el nombre de Dios".

(Continuará)